

Me quiero casar

Norma Muñoz Ledo

Ilustraciones de Íker Vicente



loquelego®

A Paqui, por los 35 años que mantuvo oculto al Güero Güerumbo.

Ese día era especial,
lo sabía. Por eso se
levantó con el pie derecho
y se arregló cuidadosamen-
te. Antes de salir, se miró
en el espejo, como lo
hacía cada mañana.
Se acomodó el bombín
y la pasita que adornaba
la solapa de su traje
negro, con el cual su piel
se veía todavía más pálida.
Luego tomó un frasco de
loción y se roció una buena
cantidad en el cuello.



Muy elegante y oloroso a canela con un toque de limón, salió de su casa.

Su trabajo quedaba tan sólo a unas cuadras. El mismo trabajo que había tenido desde hacía años, añísimos, tantos, que ya ni se acordaba. Con gran seriedad abrió la cortina metálica de su negocio, detrás de ésta se veían unas puertas de vidrio relucientes, en las que estaba escrito:



El señor Leche leyó, por enésima vez, el anuncio en el vidrio y suspiró más cansado que nunca. Siempre había sido tan blanco y calvo que era imposible adivinar su edad, sin embargo, había algo en su mirada y en su andar que lo hacía ver un poco viejo. Antes, todo era más fácil, pensó: “Arroz con leche me quiero casar con una señorita que sepa coser, que sepa bordar, que sepa abrir la puerta para ir a jugar...”; ahora, la cosa es muy diferente.

Subió los tres escalones que llevaban a su pequeña oficina y se sentó detrás de su escritorio, como siempre, a esperar la llegada de los clientes. Había semanas en que no venía nadie, pero algo le decía que éste iba a ser un día agitado. No había tenido tiempo ni de calentar la silla, cuando alguien tocó muy fuerte en la puerta de vidrio. Era el Piojo, que se veía flaco, escurrido y despeinado.

—Buenos días, señor Leche —dijo el Piojo serio—. ¿Me permite entrar?

—Pase usted, Piojo —contestó Arroz—. ¿Cómo le va? ¿Qué cuenta la Pulga?

—Pues justamente de eso vengo a hablarle. Estoy muy enojado con la Pulga.

—¡No me diga!

—¡Sí le digo! ¡Tanto trabajo que nos costó casarnos! —exclamó el Piojo, poniéndose rojo.

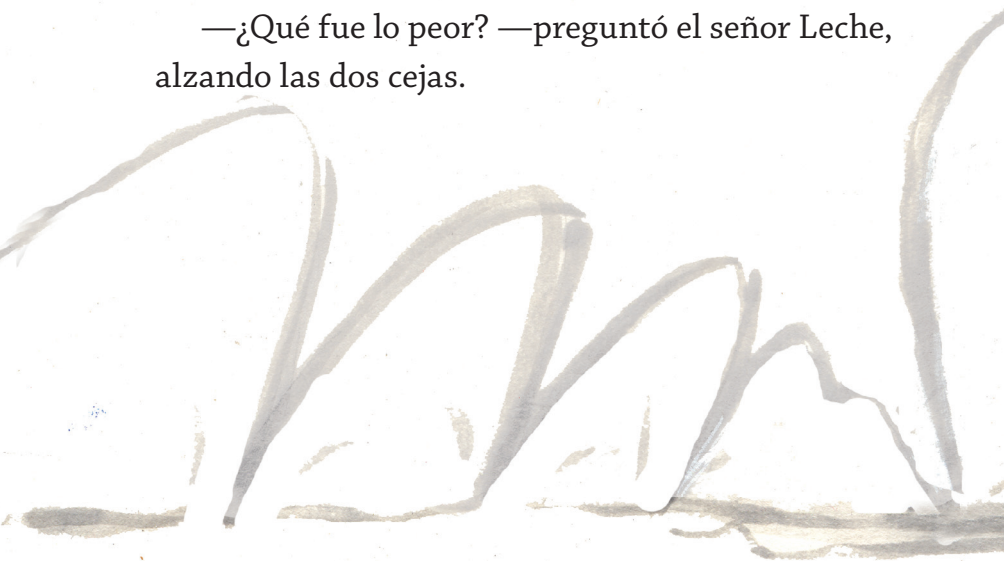
—¿Y qué pasó?

—Después de nuestra luna de miel, que por cierto la pasamos muy a gusto en los calcetines de una niña gordita, le pedí a la Pulga que viviéramos en un perro. Pero ella salió con que no, que quería vivir en un gato porque los perros huelen feo y los gatos son muy lamidos.

—¿Y entonces? —dijo Arroz, reprimiendo una sonrisa.

—Pues que nos fuimos a vivir en un minino, pero ¡yo soy alérgico al pelo de gato! Todo el día me la pasaba moqueando y llorando, señor Leche, y la Pulga, necia, no quería mudarse... pero eso no fue lo peor.

—¿Qué fue lo peor? —preguntó el señor Leche, alzando las dos cejas.





—Lo peor fue el día que el veterinario vino a ver al felino. Nos vio luego luego, la Pulga se había puesto muy gorda, y que le dice a la dueña del gato: “Señora, présteme un trapo grande”... y ¡zas! Le roció al gato una buena cantidad de polvo bichicida y lo envolvió en el trapo. ¡Ay, señor Leche! Creí que me moría, ¡cómo ardía el polvo ése!

—¿Y la Pulga?

—La Pulga y yo brincábamos como locos. Y en cada brinco, yo le decía: “¡Hubiéramos vivido en un perro!”, “¡En un perro nunca nos hubiera pasado esto!” —el Piojo resopló—. Todo es culpa de la Pulga, las cosas irían muy bien si me hubiera hecho caso.

El señor Leche se hizo para adelante en su escritorio. Miraba al Piojo con gran seriedad.

—Piojo, esto es grave, ¿sabe qué fue de la Pulga?

—¡La Pulga se fue brincando, señor Leche! ¡Yo la vi! ¡Huyó! —dijo el Piojo y unas lágrimas le rodaron por el cachete—. ¡Yo siempre le dije: en un perro es mejor!

El señor Leche lo miraba con profunda tristeza. Tanto que se habían querido casar el Piojo y la Pulga, pero les faltaba el *máiz*. Y luego, cuando fue la boda todos llevaron algo y bailaron el Tírolo Tírolo.

Él también había ido y había llevado el postre, ¡qué pachanga inolvidable!

—Bueno, Piojo, tampoco culpe a la Pulga. Eso le pudo pasar en cualquier perro.

—¡Claro que no, señor Leche! —dijo el Piojo sonándose—. ¡Los perros no son tan relamidos!

Justo en ese momento pasó por la calle la señora Perra. Trotaba con prisa y aire distraído. El Piojo la miró con ojos de hambre y con gusto se hubiera ido tras ella, dispuesto a vivir en su pelaje, pero el señor Leche lo miró con seriedad y, poniéndose de pie, lo detuvo de un hombro.

—¡Buenos días, señora! —la llamó. La señora Perra se detuvo y regresó a saludarlo.

—¡Buenos días, señor Leche!

—Hace tiempo que no la veía, ¿cómo están sus hijos?

—Ay, señor Leche —contestó la señora Perra suspirando—. ¿Se acuerda que yo tenía diez perritos? Uno se perdió en la nieve, otro se tragó un bizcocho, me quedaban ocho; a uno se le atoró un filete





y ya sólo fueron siete; otro se murió poco después. Luego uno se mató de un brinco, a otro lo pisaron en el teatro, ya no más eran cuatro; uno se volteó al revés y quedaron tres. A otro le dio tos, quedaron dos, pero uno murió de ayuno. Al último que me quedaba le cayeron mal unos berros y yo me quedé sin perros. Y ahora, si me permite, el carnicero reparte huesos a las diez y no quisiera perderme el mío.

La señora Perra siguió su camino. El Piojo la vio alejarse y puso una cara muy triste.





—¡Pero qué mala pata tuvieron esos canes! —comentó angustiado, y luego se animó—: ¡Ahorita mismo voy a buscar a la Pulga! Y dicho esto, el Piojo se paró en la puerta y desde ahí pegó el brinco más grande que piojo alguno haya pegado jamás. El señor Leche sonrió y miró su reloj, era la hora de su té, así que se sirvió una humeante taza de té de canela.



Mientras disfrutaba su bebida, sacó un grueso libro de hojas amarillentas y lo puso sobre su escritorio. En la portada se leía: *Catálogo de Novias y Novios (versión actualizada)*. Arroz con Leche se dispuso a revisarlo, le gustaba estar al tanto de los solteros disponibles. Abrió el libro en la primera página.

